

ECOS DE LA PALABRA

Ojos de Epifanía

Reflexiones sobre el evangelio de Mateo 2, 1-12 (Fiesta de la Epifanía del Ciclo A)



En el evangelio de la epifanía una palabra puede por sí sola adentrarnos en la meditación: **ver**. Tener ojos para descubrir las cosas secretas, ojos de epifanía como los de los reyes magos: “Vieron al niño con su madre y cayeron de rodillas para adorarlo”.

¿Qué era lo que sabían? ¿Qué era lo que se imaginaban? ¿De qué remotos lugares tuvieron que venir estos tres hombres para dejarse tocar el corazón por aquella realidad tan pobre y

humilde: una pareja con un recién nacido? Simplemente “vieron”.

La primera llamada de la Epifanía es **ver al Niño**. Ver todo lo que hay en aquel pequeño ser absolutamente único y tomar conciencia de que por él, en medio de su indefensión, su pobreza y su fragilidad podemos ver a Dios. En la liturgia armenia esta manifestación de Dios la expresan bellamente diciendo “*Hoy el invisible aparece*”. El que no vemos se hace ver, para hacer de nosotros hombres y mujeres capaces de ver. San Ireneo, por su parte, en su frase más citada afirma que “La gloria de Dios es la vida del hombre y, vivir para el hombre, es ver a Dios”.

¡Si tuviéramos ojos para ver esas cosas! Los ojos de la fe, los ojos que antaño, en Palestina, supieron abrirse al misterio Dios que se hacía cercanía y presencia en Jesús. Ojos para ver en la simplicidad de un recién nacido la grandeza de Dios que es ofrendado con incienso; la realeza de un pastor, pobre y humilde, al que le ofrecemos el oro de nuestro corazón y la humanidad del que se entrega por amor y al que con la mirra le mitigaremos el dolor.

¡Si tuviéramos una mística de ojos abiertos como la de Jesús: abierta y plural! Que no nos deje encerrar en un pequeño gueto ¡Tú y yo! resultado de espiritualidades intimistas. Ni tampoco en un gueto algo mayor “Nosotros, los cristianos” resultado de vivir Iglesia como una comunidad “auto referenciada” y cerrada en sí misma. Seríamos capaces de reconocer que este Niño que nos ha nacido está allí **para todos** y que no hay ningún ser humano ni ninguna realidad humana que quede fuera del alcance de su amor. Detrás de los magos, y esta es la segunda llamada de la Epifanía, vemos a todos los pueblos que ellos simbolizan, los que Isaías descubría con ojos de epifanía: “Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz (...) Las tinieblas cubren la tierra, la

oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor (...) y caminarán los pueblos a tu luz. ¡Mira: todos esos se han reunido!”.

A veces caemos en la tentación de la mirada estrecha, de olvidarnos que esta Buena Noticia que anunciamos tiene un alcance ilimitado. En el Dios revelado en Jesús cabemos todos porque es un Dios de puertas abiertas y el don de su salvación no es para un pequeño grupo de iniciados. Él sigue llamando a todos los hombres a hacer parte de su familia y a hacer parte del grupo de artesanos que se esfuerzan por hacer de este mundo un hogar para todos. Si Dios se quiso manifestar como el Dios para todos, no cerremos nosotros las puertas, no pongamos obstáculos a las personas que lo están buscando de manera que los nuevos reyes, los que a veces creemos que no son de nuestra familia porque vienen de lejos de nuestra geografía cultural, le puedan ver y adorar.

Dios se nos ha manifestado y se nos sigue manifestando en la vida. Pidámosle que nos de ojos de epifanía para, a pesar de nuestras cegueras, podamos ver.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona